

Gustavo Induni Alfaro*



*Para todas las mujeres y los hombres guardaparques,
que hacen de su vida, día a día, una leyenda*

“Guardianes del color verde y del rojo
que es hermano del azul y el amarillo”

Henri Rojas Calvo

Bajo un petate de estrellas
que salpican sobre el bosque,
duerme acurrucado un hombre
entre las gambas aquellas
de un gran ceibo señorial.

Espera paciente la aurora
recortado entre las sombras:
sigiloso duerme en vela
repassando con su mente
los apuros y faenas
que le trae esta misión.

Lleva en el pecho una lira
que acompaña su canción,
cuando de día camina
como trazando senderos
por el cosmos vegetal.

Sueña con playas y llanos,
con arrecifes y un barro
que huele a mangle y a sal,
sueña con rostros distantes,
con hondonadas sin nombre,
corre en su mente los montes,

* Coordinador de Investigación y Monitoreo, Sistema Nacional de Áreas de Conservación. Ministerio de Ambiente y Energía. San José, Costa Rica. gustavo.induni@sinac.go.cr

vuela a otros mundos lejanos
y piensa en su pueblo natal.
Y en su muchacha, la propia,
que se ha hecho mujer de alabastro
a punta de arena y de cal.

En su mirar hay un ciervo
atento al murmullo del alba,
y en sus piernas, al acecho,
espera un felino, con calma,
el bullir del instinto animal.

Con sus ojos agostados
corta raso el horizonte,
mientras desmiente recuerdos,
silba quedito entre dientes
y así se pasa los días
defendiendo el paraíso,
con la mochila cargada
de promesas y de olvidos,
con el pantalón raído
y el corazón hecho un nudo
que nunca pudo aflojar.

De sus luchas, ¿quién conoce?,
sólo el tigre y el vahído
del quejumbroso jilguero,
que monte adentro se oculta
como el sol tras la neblina,
como queriendo decirle:
“yo también fui vendaval”.

Hay un niño, sin embargo,
que juega dentro del hombre,
tallando pequeños surcos
con la navaja del tiempo,
bajo un sombrero agachado
y el murmullo de aguaceros
que atesora un acordeón.

Hay un niño, digo yo,
que se ha convertido en héroe,
porque en los tiempos que corren,
cada vez hay más anhelos
y menos que se decidan
a ser cascada o riachuelo,
a correr montaña abajo
hasta el confín de la tierra,
donde cielo y mar confluyen
y lo imposible es canción...
donde cielo y tierra lloran
y la leyenda es pasión.

Y en un rincón silencioso,
bajo estrellas milenarias
que salpican el tejado
verde y calmo del dosel,
sueña acurrucado un niño
dentro del cuero de un hombre,
acunado entre los dedos
—tiernos y llenos de arrugas—
de una gran ceiba ancestral.

Agosto, 2013